

**En la sesión solemne  
preparada por la  
Sociedad Bolivariana del Ecuador  
y el Comité de  
Conmemoraciones Cívicas para el  
Bicentenario del nacimiento  
del Libertador**

**Quito, 22 de Julio de 1983**

Este año bicentenario del natalicio de Bolívar ha servido a los ecuatorianos para recordar el significado histórico del Libertador, padre de seis naciones, figura excepcional de los dos últimos siglos, cuya lucha forjó la independencia de los pueblos latinoamericanos y modificó definitivamente el orden político mundial.

Es privilegio de los hombres geniales alterar el curso natural de la historia. Por ello, después de Bolívar, la faz del universo se tornó diferente.

A los doscientos años de su nacimiento, con avidez se escudriñan las páginas de la historia para seguir los hechos que acontecieron en los empinados Andes, en los caminos agrestes de nuestros páramos y en la enmarañada selva tropical. Con admiración se vuelven a leer las proclamas, las cartas y los discursos del genio militar, del político visionario, del sociólogo, del estadista y del humanista.

Este culto a su pensamiento y a su vida, expresión de la gratitud y admiración del pueblo, bien está y debemos impulsarlo y favorecerlo. Mientras más se ahonde en el pensamiento de Bolívar y en su obra libertaria, mayor será el número de ecuatorianos dispuestos a crear esa nación grande, libre y unida con que soñó Bolívar.

En este bicentenario, cada quien celebra la gloria de Bolívar y aprende de su obra, según su propia perspectiva. Cada cual aporta con su propia melodía al concierto hemisférico con que América canta a su libertador.

Y, siendo así, ¿cuál debe ser el especial punto de interés que ocupe al Presidente de la República, en el homenaje que hoy rinde el gobierno nacional a Simón Bolívar? ¿En qué parte de su vasta obra debo concentrar mis reflexiones, cuando tengo el singular honor de hablar en esta fecha bicentennial que se repetirá cien años más tarde, después de nuestros días? ¿Qué debemos obtener de este día fecundo, en esta solemne sesión que congrega a las máximas autoridades de la democracia ecuatoriana?

Pienso que lo que me corresponde es tratar de discernir el mensaje político de Bolívar para el Ecuador de hoy. Mensaje político, porque en la política se hacen los pueblos y Bolívar es un forjador de pueblos. Los liberó con su espada y su genio. Este fue el primer paso: brillante, heroico, sangriento y glorioso; pero inicial. Sencillo, comparado con la etapa que debía venir después: unir pueblos y organizarlos. Transformar en Estados, poblaciones diseminadas en enormes planicies, selvas y montañas; someterlas a nuevas leyes y organizarlas en gobiernos democráticos, cuando apenas acababan de salir de la monarquía y seguían viviendo en una sociedad que por todos sus poros respiraba autoritarismo.

Bolívar triunfó nítidamente en la acción militar. Bastó para ello el incansable esfuerzo con que se prodigó, en una exuberancia de movimiento, de inquietud, de sobreactividad

física y psicológica. Era un vértigo el primer soldado de la independencia. Su estrategia era precedida por la rapidez instintiva de las descargas. "La temeridad es prudencia", dijo una vez.

Crecía aún con las derrotas, y la euforia bélica le hacía más temible vencido que vencedor. ¿Quién no ha admirado esta capacidad de rehacerse en la retirada? Con vigor vertiginoso y con ansia continental de gloria, se lanzaba a los grandes desplazamientos relámpago que caracterizaron las campañas de la independencia. Otros habrían obrado más pausadamente. Bolívar era incontenible. "No sé cómo podré contenerme", escribía a Santander. Todo le quedaba pequeño: primero su país y luego las naciones andinas que liberó. Solo el cerco de la enfermedad le impidió marchar a otros países. Sin esa pasión por la lucha, sin esa manía de movimiento, sin ese gesto vibrante, no habría podido vencer a los españoles, como lo hizo en tantas campañas que han quedado como ejemplos clásicos de estrategia militar.

Nunca su genio militar brilló tanto como en la llamada "campaña admirable". La inició como coronel de milicias, con 200 negros caribes y la coronó con el título de Libertador, después de recorrer 1.200 kilómetros, batir fuerzas diez veces superiores, triunfar en catorce encuentros y ocupar la capital de Venezuela.

El 22 de Diciembre de 1812 cayó sobre la Plaza de Tenerife, defendida por 500 realistas. La hizo añicos. Avanzó fulgurante por el río. Venció en consecutivos asaltos diarios. Lo declara él mismo en su proclama de Cúcuta: "en menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida. Corred a colmaros de gloria, adquiriendo el título de libertadores de Venezuela".

La primera fase de la "campaña admirable" en la que el

novel comandante de tropas salta del anonimato a la grandeza, termina en Ocaña en enero de 1813. La segunda consiste en el paso de la cordillera para caer sobre Cúcuta. Abandonó Ocaña el mes siguiente con 860 hombres para enfrentarse a los diez mil de José Domingo Monteverde. La audacia llegó al extremo de dividir el minúsculo ejército en tres partes, para descargar golpes simultáneos que engañaron al enemigo sobre la magnitud real de las tropas atacantes. Bolívar tenía apenas 29 años.

No existió un premeditado plan de campaña. Simplemente fijó un eje de avance y un objetivo: Caracas. Lo demás iría surgiendo con el desenvolvimiento de la guerra. La inspiración que guía al minúsculo ejército en su racha de triunfos convierte hasta los errores en victorias. No sufre un revés. El 17 de Agosto, Bolívar entra triunfante en su ciudad natal y transmite a sus comandantes su propia audacia, su espíritu acometedor, su fe.

*Cierto es que Bolívar fue el genio de la guerra, pero sin duda exagera al decir con modestia en la carta que escribe a Pedro Gual: "Yo no sirvo sino para pelear".*

Vencer a los españoles resultó la parte más fácil de su tarea libertaria; más difícil le fue hacer pueblos, construir naciones, organizar gobiernos y constituir democracias estables y perdurables. Lo confesó, en horas de desengaño y anonadamiento. La carta al general Juan José Flores, treinta y ocho días antes de su muerte, rubrica su derrota política.

"Mi querido general: -dice el Libertador- Usted sabe que yo he mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: La América es ingobernable para nosotros; el que sirve una revolución ara en el mar; la única cosa que se puede hacer en América es emigrar; este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de

todos los colores y razas; devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, ese sería el último período de la América".

¡Invencible el militar! ¡Desalentado el político y frustrado el gobernante!

¡Pero existen seis naciones, regidas hoy por gobiernos democráticos, cuya realidad replica y da un mentís a tan permisistas conceptos pronunciados en momentos de frustración y abatimiento!

¿Cómo explicarnos este radical contraste entre el victorioso militar y el fracasado estadista; entre el soldado indomable y el derrotado gobernante? Es que entre estas dos antípodas humanas se desenvuelve el drama del alma de Bolívar. Y lo más trágico para él es que su perspicaz análisis sociológico le permite ver con extraordinaria lucidez, más allá de los hechos contingentes, las realidades sociales como son y no como quisieran los ideólogos que fueran... Sabe que la forja de los pueblos requiere de un tiempo que nadie puede acelerar, como la madurez de los frutos necesita de días y estaciones que inexorablemente deben cumplirse.

El resultado de la batalla lo decide el caudillo excepcional, se llame Bolívar, Napoleón, César o Alejandro. En el gobierno de los estados cuenta menos el genio, y ni siquiera son suficientes las óptimas constituciones y las mejores leyes; la grandeza de las naciones la forjan los pueblos organizados políticamente, institucionalizados jurídicamente y dispuestos a construir su destino. Como los caudales de las aguas indómitas que, cuando saltan del lecho del río, se retuercen y braman antes de enfilarse por compuertas que las llevarán a la producción de energía; luego de tres siglos de gobierno colonial, los dinamismos sociales y las naciones

en formación necesitaban de tiempo para entrar en los cauces institucionales de la democracia y del progreso. Los pueblos andinos requerían todavía de un largo aprendizaje para comprender las nuevas leyes y acatar las autoridades recién elegidas, todavía no legitimadas socialmente.

Ni las proclamas de libertad, ni la independencia crean necesariamente un orden jurídico libre. El prestigio de Bolívar es capaz de encauzar los intereses individuales desatados entre los comandantes de tropas. Pero Bolívar no está en todas partes y siempre y las organizaciones políticas frágiles se deshacen por las ambiciones de los caudillos en ciernes.

¡No podía ser de otra forma! ¿Cómo no achacarse personalmente el fracaso en la transformación política que se esperaba fulgurante, para llegar a ver naciones grandes y libres, semejantes a las europeas, posteriores a la Revolución Francesa?

Pero el éxito político no dependía únicamente de Bolívar. Estaba supeditado al crecimiento humano y a la maduración social de los pueblos, a los que había liberado. Por eso, al genio de la guerra acostumbrado a ver transformarse en semanas los llaneros en héroes y los esclavos en soldados, tenía que desalentarle la lentitud y parsimonia con que avanzaba la consolidación de la Gran Colombia.

Naciones que habían carecido por más de tres siglos de soberanía y no habían conocido otra legitimidad de la autoridad que la gracia de Dios recaída sobre el Rey de España ¿en qué podían fundamentarse moralmente para justificar el nuevo orden de cosas, que significaba precisamente el rechazo del orden jurídico fundado en la monarquía española?

Acaso no sabía Bolívar, como escribe en la Carta de Jamaica, que "la posición de los moradores del hemisferio

ha sido por siglos puramente pasiva" y "su existencia política nula". "Ausentes del universo, en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos, pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, solo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas y casi ni aun comerciantes".

La diaria experiencia muestra a Bolívar un continente que se empobrecía ante sus ojos, que se iba cubriendo de sangre, en donde el caos amenazaba con engullirlo todo. Se imponía restituir la legalidad, el orden, el trabajo; en fin, organizar la nueva sociedad que la lucha revolucionaria había generado. Pero para crear un nuevo Estado no bastaba apoderarse de las posiciones militares del adversario. Era necesario, indispensable, crear una nueva legitimidad.

Y más debía turbarse su ánimo cuando las necesidades de la acción y sus obligaciones de gobernante, le llevaron a tomar decisiones, contrarias a su pensamiento y a lo que fue la esencia de su vida. Su drama entonces se agudiza. Aparecen simultáneamente declaraciones de libertad y defensa de los derechos, junto con dictados de poder absoluto, al que le llaman los pueblos como último recurso para escapar del caos. Pero la contradicción proporciona argumentos a los espíritus pequeños que siempre abundan y a sus iracundos y maledicentes detractores, para toda suerte de ataques injustos y desaforados, incluso para atentar contra la vida de quien antes habían aclamado.

La oposición entre lo que debería ser y lo que podía ser. Entre lo deseable y lo posible fue uno de los más grandes dilemas del Libertador.

Una fecha jubilar como esta volverá a ocurrir en el próximo milenio. Será entonces el siglo XXI y el año dos mil

ochenta y tres. Los ecuatorianos que hemos tenido el singular privilegio de vivir la celebración de los doscientos años del natalicio del Libertador, si queremos verdaderamente honrar su memoria y ser dignos herederos de su gloria, no podemos quedarnos en las palabras; debemos descubrir cuál es el mandato de Bolívar para el Ecuador de hoy y comprometernos a cumplirlo.

Avizorando el juicio de la historia, Bolívar dice que ella no dirá "nada tan grande como su desprendimiento del mando y su consagración absoluta a las armas, para salvar al gobierno y a la Patria". La historia dirá -añade- "Bolívar tomó el mando para liberar a sus conciudadanos y cuando fueron libres los dejó para que se gobernasen por las leyes y no por su voluntad". Y en su hora de agonía en San Pedro Alejandrino, reñera "habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés abandonando mi fortuna y aun más mi tranquilidad. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro".

Bolívar no sufrió una sino múltiples derrotas. De todas se repuso. Cuando en el Monte Sacro juró "no dar reposo a (su) alma ni descanso a (su) brazo" hasta lograr la libertad del mundo hispanoamericano ¿con qué ejércitos contaba? ¡Con ninguno! ¿Quiénes fueron sus soldados? Hombres reclutados al azar que en los campos de batalla aprendieron la ciencia de las armas. Sus generales no se hicieron en las academias sino en la guerra. Sus ministros, los legisladores, los magistrados, los diplomáticos aprendieron lo que era la administración de un Estado en el primer gobierno que constituyeron, una vez lograda la independencia. ¿Con qué inició entonces Bolívar lo que sería la epopeya de la libertad de América? Con su voluntad y su coraje del que se contagiaron los pueblos andinos, dispuestos a los mayores sacri-

ficios para alcanzar el bien superior de la libertad. Recordemos lo que dijo después del terremoto que destruyó Caracas: "Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca".

En la circunstancia difícil que vive el Ecuador, la voluntad de vencer que nos legó Bolívar, debe impulsarnos a la acción, al trabajo y al sacrificio y constituirse en el mayor acicate para superar la crisis que nos agobia.

Sin duda en estos años nuestro país ha vivido una de las etapas más complejas de su historia. La crisis económica que sufre la república tiende a deteriorar el modesto progreso alcanzado en las últimas décadas. La inflación ha llegado a niveles que nunca se conocieron antes y comienza a aparecer el grave problema del desempleo. Nuevas contribuciones impositivas ha sido necesario exigirle al pueblo, para cubrir el déficit de recursos externos provocado por la crisis de la economía internacional. Hasta la naturaleza nos ha castigado con el más crudo invierno de que se tenga memoria, que en estos diez meses ha destruido cosechas y devastado caminos. Para recuperar los miles de millones de sucres que se han perdido, varios años serán necesarios.

Pero a pesar de tantas y tan graves dificultades económicas y de los conflictos sociales que han ocasionado, hemos logrado mantener el sistema democrático y vivimos en un régimen de libertad. Los padecimientos que sufre el pueblo ecuatoriano no se equiparan a los que afectan a otros pueblos del continente. Es que al gobierno no le ha faltado coraje para asumir sus responsabilidades, en el enfrentamiento de una crisis tan difícil y compleja y sin antecedentes en la historia del Ecuador. No niego la posibilidad de que haya podido cometer errores; ese es el riesgo que corren quienes no están dispuestos a mirar impávidos el paso de los acontecimientos.

Las virtualidades del pueblo ecuatoriano, una vez más se han puesto de manifiesto. En sus justas y legítimas protestas nunca fue más allá de los límites que podían poner en riesgo la paz social y la estabilidad del régimen constitucional. Si el pueblo ha salido adelante en el orden político estoy seguro que también triunfará en el campo económico, aportando su trabajo esforzado sin el cual no será posible la recuperación económica. Pero es necesario despertar aún más la fuerza y el nervio de toda la nación, recuperar la fe en el futuro del país y adquirir la seguridad de que saldremos adelante.

Son inmensas las posibilidades económicas del Ecuador. Las riquezas y recursos que poseemos nos han permitido sortear las dificultades de estos años y nos servirán para reconstruir la economía nacional una vez que superemos la crisis. En este sentido apuntan las políticas de reajustes adoptadas por el gobierno y el vasto apoyo dado a las actividades productivas, tanto públicas como privadas. Está por culminar la renegociación de la deuda pública y privada y la obtención de nuevos recursos financieros. El esfuerzo realizado en el sector petrolero ha producido sus primeros resultados.

Estos hechos positivos de la economía producirán mayores réditos si sacrificamos algo de lo propio para impulsar el bienestar de todos. ¡Sí somos capaces de vivir por nuestro propio esfuerzo, con el ahorro y los recursos del país que son inmensos! En esta celebración bolivariana, todos debemos preguntarnos: ¿qué puedo hacer yo por mi país, aquí y ahora; y no cómo puedo aprovecharme de él!

En un año más dejaré el poder a quien sea elegido por el pueblo soberano. Por adversas que hayan sido las circunstancias en que me ha tocado gobernar -que ojalá finalmente concluyan para bien de la Patria- es mi obligación entregar un país en marcha al próximo Presidente de la República.

Hacer de este propósito una realidad depende de todos los ecuatorianos, sin excepción alguna. Gracias.